

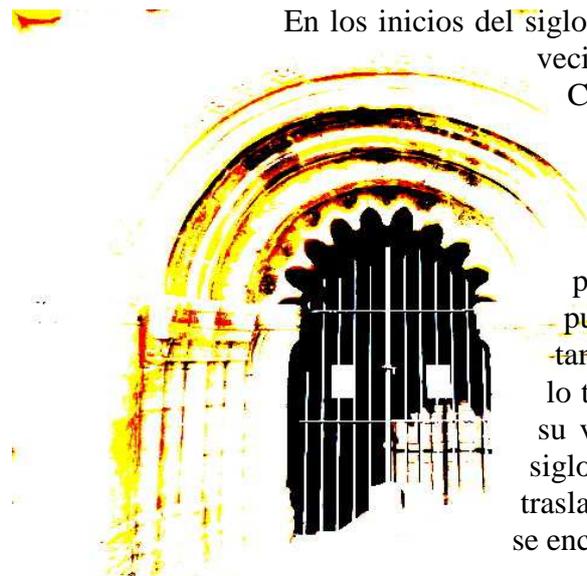
A don Diego Pacheco, duque de Escalona y marqués de Villena, además de señor de Ayllón, lo más que le interesó de Villacadima fue cobrar los derechos de asadura, una res de cada ciento, más o menos, de las que hacían por aquí la trashumancia, pues fue Villacadima tierra de paso de grandes rebaños que provenientes de las tierras norteñas buscaban a través de éstas los pastos del sur.

Si algo destacó, y continúa destacando de la población, es la hermosura de la primitiva portada románica de su iglesia que ha dado carácter al pueblo y lo continúa haciendo. Una portada románica característica por algunos de estos lugares, similar a la de Campisábalos y algunas otras de la vecina Segovia, e incluso de la Bretaña francesa, pues también por aquellas lejanas tierras podemos observar portadas similares a la de nuestra Villacadima. Portada a la que, cuando la despoblación comenzó a asolar estas tierras y esta villa, se la trató de buscar nuevo acomodo, en Guadalajara o en el entonces pujante Museo Diocesano de Sigüenza, cuando corría la década de 1970 en la que muchas de las piezas sacras de nuestras iglesias lo hallaron en el Museo. Fue, el intento de llevarse la portada, un empeño del entonces obispo de la diócesis, Castán Lacoma.

Sin duda, muchas de las piezas de esta y otras iglesias en semejante situación, se salvaron gracias a aquel oportuno traslado, a pesar de que en aquellos tiempos no se viese con buenos ojos el que las imágenes que durante siglos pertenecieron a una tierra, emprendiesen el viaje de no retorno.

Por fortuna, y al contrario de lo que sucediese en otros lugares, al levantarse la iglesia de nuevo cuño, algo que sucedió por el siglo XVII, se respetó la entrada primitiva.

Sin dudarlo, los Sanz Merino debieron de aportar algo de capital para levantar la torre y rehacer sus muros, e incluso dotar a la iglesia de retablos, como el que se labró por el 1659. Todavía puede leerse en una de las piedras que ornamentan una de las ventanas de subida a la torre que se hizo aquella obra en 1777. En pleno siglo XVIII, que fue de intenso ajetreo para los obreros de esta parte de la sierra, puesto que no sólo se emplearon en esta hermosa iglesia, también lo hicieron por Cantalojas, Miedes, Galve y quién sabe por cuantos lugares más. Eran tiempos en los que todavía podían acometerse según qué clase de trabajos, pues la población, aunque con sus oscilaciones en cuanto al número, se mantenía fiel a la tierra.



En los inicios del siglo XX contaba con un número que rondó los trescientos vecinos. En la década de 1980, cuando pasó a depender de Cantalojas, ya no tenía ninguno. Sus casas quedaron al albur de los tiempos y de lo que quedó en la iglesia se hicieron cargo las manos de la rapiña.

A Nuestra Señora del Campo, que contó con ermita propia, acudían en procesión los hijos de Villacadima, puesto que la tenían por patrona; y a San Roque, al que también le levantaron la ermita correspondiente, también lo tuvieron como santo bendito para ahuyentar la peste. A su vera levantaron el cementerio en los últimos años del siglo XIX, cuando pasó la guadaña del cólera que hizo trasladarlo desde el patio de la iglesia, donde hasta entonces se encontraba.

Hoy Villacadima es una tierra de silencio, en la que domina el viento serrano que viene y torna a la Segovia que fue patria de estas tierras. Tierras que, a pesar del silencio, también merecen una mirada, un recuerdo, una memoria que nos hable de sus tiempos mozos.